



Maristany, José Javier *Derivas del (mal)decir. Subjetividades minoritarias en la literatura argentina.* Ediciones de la Universitat de Lleida, 2022.

Nilda Redondo

Facultad de Ciencias Humanas- UNLPam

Este volumen reúne ensayos referidos a autoras y autores y obras sobre las y los que José Maristany se ha ocupado en los últimos veinte años, como él mismo lo señala en la Introducción y de lo que doy fe por el tiempo de trabajo en común en la cátedra de Literatura Argentina II de Letras, de la Facultad de Ciencias Humanas, y proyectos de investigación compartidos, en la Universidad Nacional de La Pampa.

Sus indagaciones tienen como constante la preocupación por cómo “las disidencias genérico-sexuales han debido sortear los límites y restricciones impuestos por mecanismos de dominación que impidieron durante mucho tiempo que sus nombres salieran a la luz” (Maristany, 2022, p. 7). Se concentra en Argentina, desde la segunda mitad del siglo XX hasta primeras décadas del siglo XXI y destaca cómo “las fuerzas represivas marcaron aquello que podía ser dicho y las formas aceptables de transformarse en sujetos y ciudadanos al tiempo que expulsaban hacia el silencio a aquellos otros seres marcados por la abyección” (2022, p. 7). Pero como todo lo “abyecto”, no desaparece sino que queda vagando por allí y se manifiesta de diversas maneras, desde la clandestinidad, la ilegalidad, el enmascaramiento, esperando los momentos en que puede emerger y ser reconocido como diferencia, tomado como tal.

Maristany no deja de lado jamás la ubicación histórica ni el proceso sociopolítico en el que se inscribe el devenir de las represiones sufridas por las disidencias genérico-sexuales. Por eso es que queda claro que en momentos de dominio de las derechas católicas nacionalistas, como fue el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía o el constitucional de María Estela Martínez de Perón, la censura y criminalización de obras consideradas pornográficas o que atentaban contra el modelo de familia occidental y cristiana, hicieron su “obra”. Otro es el tenor, dado en una escala superlativa, durante el Terrorismo de Estado de 1976-1983, en el marco de una práctica social de genocidio, puesto que las personas abyectas fueron múltiples: comunistas, peronistas, mujeres, gais, subversivos y subversivas. El mundo de lo representable implotó y por décadas estaremos obligadas, obligados, a sostener lo ganado y reorganizarnos ante esa lava que vuelve y vuelve como una marea reaccionaria, visceralmente reaccionaria.

El movimiento de feministas, homosexuales, travestis, transexuales, queer, tuvo su pujanza de larga data en el siglo XX, pero especialmente ascendió de la mano de las luchas contraculturales dadas en el seno del imperio norteamericano a fines de la década de los '60 e inicios de los '70 del siglo XX. En Argentina esas luchas, ¿llevadas adelante por la UFA (Unión Feminista Argentina) y el Frente de Liberación Homosexual, fueron interrumpidas desde 1974, cuando en nuestro país las bandas paraestatales antisemitas, anticomunistas, homofóbicas y misóginas, mataban a plena luz del día a militantes políticas, políticos, de la izquierda revolucionaria, a través de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), CNU (Concentración Nacional Universitaria), Comando Libertadores de América o Comando Moralizador Pío XII.

En democracia, lo destaca Maristany, los momentos de visibilización y adquisición de derechos, como el matrimonio igualitario (2010) y la posibilidad legal de cambiar de género (2012), se produjeron durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, por voluntad de la gestión y como corolario de las persistentes luchas de los movimientos de base de la disidencia sexual. Durante el gobierno de Alberto Fernández, recordamos, fue aprobada la ley de interrupción voluntaria del embarazo y se introdujo la particularidad de considerar como delito con condenas específicas al femicidio. La primera ley era una vieja reivindicación del movimiento feminista y la figura del femicidio, y por lo tanto la desnaturalización del asesinato de mujeres bajo la justificación de amor pasional o castigo moralizante, tuvo su impulso mayor con las luchas masivas de “Ni una menos” desde 2015.

En estos ensayos de Derivas del (mal)decir encontramos una exquisita perspectiva ideológica de crítica literaria a la vez que sociológica, de género y filosófica. Recorramos algunas de sus conceptualizaciones fuertes al momento de fundamentar las elecciones teóricas:

En el capítulo 8, “Del pudor en el lenguaje. Notas sobre lo queer”, ante la acusación de parte de investigadoras lesbiano-feminista como Norma Mogrovejo quien sostiene que “pensar en clave queer en un contexto latinoamericano, es una forma de neutralizar los problemas de clase, sexo y raza, es asumir que la interpretación occidental es capaz de hacernos creer sobre los beneficios de una realidad de ficción” (2022, p. 126); o ante la advertencia realizada por la filósofa feminista Alejandra Ciriza en “Nota sobre los límites de la importación teórica. A propósito de Judith Butler” publicada en El Rodaballo en 2004, José Maristany argumenta que no hay que temer de los saberes emanados de los centros metropolitanos porque eso efectivamente nos coloca en una situación de personas subalternas o dependientes. Estima que, actualmente, en Argentina, hay una “masiva apropiación del vocablo queer en ámbitos y producciones diversos” (2022, p. 133), como lo demuestra en este capítulo; no es mentalidad colonialista sino apropiación productiva, muy pertinente, por otro lado, para trabajar en el ámbito académico al momento de investigar y teorizar.

El capítulo 6, “Usos de la voz subalterna. Lesbianas y travestis en Reina Roffé y Gabriela Cabezón Cámara”, Maristany entreteje sus saberes respecto de la voz del sujeto subalterno según Gayatri Spivak, (2022, p. 91) y las concepciones filosóficas respecto de cómo se trasmite la palabra ajena y cómo su análisis es “primordial para captar los acentos evaluativos de una obra literaria” de acuerdo a Valentin Voloshinov (2022, p. 92). Como quiere Jacques Ranciere (2022, p. 93), Maristany sostiene la necesidad de generar nuevas formas de representación del campo de la experiencia sensible, ante la importancia de dar voz al sujeto silenciado como puede ser el disidente en género, la mujer, los oprimidos, las oprimidas, los y las esclavas, entre otros y otras. Culmina realizando un excelente trabajo de interseccionalidad, no dejando ningún cabo suelto respecto del género, la clase social y la etnia, a la vez que señalando la expresión de las “estructuras de sentimiento”, categoría trabajada por el marxista cultural Raymond William (2022, p. 105). Así es como Maristany establece la diferencia de perspectivas entre Monte de Venus de Roffé y La Virgen Cabeza, de Cabezón Cámara. Destaca que

tanto la historia colectiva de las mujeres en el liceo como la de Julia Grande son tributarias de las magníficas aperturas que a nivel social y cultural se habían instalado en los años sesenta y setenta, y que es esa apertura la que hace posible que escuchemos, por primera vez, la historia de vida de una lesbiana. Por otra parte, La Virgen Cabeza pareciera ejemplificar, a través de sus personajes, todos los principios de una teoría posidentitaria y antiesencialista de la disidencia sexual ha venido a ofrecer, en conjunción con una visión crítica de los procesos sociales y económicos que la periferia latinoamericana ha padecido bajo el imperio del neoliberalismo y del capital globalizado en las últimas décadas (2022, pp. 104-105)

Señala que Julia Grande pudo hablar porque en los ‘70 “época de luchas colectivas y optimismo revolucionario todavía se confiaba en la posibilidad de “representar” al subalterno y de asimilarlo a la cultura letrada” (2022, p.105).

Aquí hay un reconocimiento al proceso revolucionario abierto a fines de los '60 e inicios de los '70 del siglo XX en Argentina a pesar de que en el capítulo 3, "Cuando nadie escuchó a la famosa Dra. Taube. Revolución y (homo) sexualidad en Manuel Puig", se había detenido en señalar la disociación entre las luchas feministas y de disidencias sexuales y la izquierda revolucionaria (2022, p. 42). Más, siguiendo a Andrew Parker, sostiene que el marxismo no pudo comprender que la sexualidad era política porque la relegó al área privada y además porque, de manera intrínseca a su epistemología, no puede pensar por fuera de la producción y la reproducción (2022, pp. 42-43).

En el capítulo 6, "Espectros de la homosocialidad: Ioshua y Osvaldo Lamborghini van a la cancha", Maristany incorpora su propia experiencia en el discurso crítico y se nos muestra con su ser afectado por no encuadrarse en la heteronormatividad que, entre otras representaciones, exige el fanatismo por el fútbol. Recuerda:

Quienes no hemos sido dotados con la habilidad o el gusto por el juego de pelota cuántas veces en nuestra niñez y adolescencia habremos sentido vergüenza y exclusión, acompañadas de risas y comentarios brutales, al ver que ningún equipo quería tenernos entre sus jugadores (2022, p. 80).

Luego explica que ha comenzado señalando esta costumbre abusiva que han debido soportar "desde la más tierna infancia" (p. 80) los varones gays pero también heterosexuales porque va a explorar esta identidad deportiva en la nouvelle *La causa justa* (1983) de Osvaldo Lamborghini y un relato de Ioshua, "Golazo al corazón" (2010). Trabajando con Freud y El chiste y su relación con el inconsciente, obra de 1905, logra poner en evidencia cómo los chistes encubren lo que no puede decirse pero que está en los sueños, los síntomas y los lapsus; en estos casos, en la cancha y los vestuarios, se da una sobreactuación de la masculinidad y una represión del deseo homoerótico.

Otro de los hallazgos interesantes de este libro es que la estética de las nuevas producciones literarias, emergentes en un contexto en el que el ocultamiento ha descendido de manera relativa pero persistente, es que no es necesario el enmascaramiento de la identidad sexual como se ha dado en la narrativa neobarroca, sino que nos encontramos con un vuelta a la realidad. Así lo fundamenta en el capítulo 7, "Enmascaramiento y revelación: representaciones trans en la nueva narrativa (G. Cabezón Cámara, O. Coelho, S. Bizzio y F. Bruzzone)". Nos explica qué sería la revelación, asentándose en dos teóricas que dan sustento a su fundamento de sexo y género:

la revelación sería un gesto que sacaría a la luz la *siempre vana pretensión logocéntrica de alcanzar un género original y modélico que nunca ha existido* sino como artefacto producido por múltiples dispositivos y asentado en una práctica performativa que se repite indefinidamente (De Laurentis, 1996; Butler, 2001, 2002) (2022, p. 108) [el destacado es mío].

La estética no sería neobarroca ni se traduciría en un "travestismo lingüístico" sino a otras formas paródicas "más realistas y transparentes del relato" (2022, p. 109). Su conclusión es que no existe una escritura singular para representar la disidencia trans sino que las distintas tradiciones poéticas son utilizadas por las autoras y los autores "estratégicamente en cada coyuntura particular" (2022, p. 124). Pero, además, la referencia a Judith Butler nos remite a una concepción marxista de la materialidad y de la naturaleza, que, como nos señala la filósofa norteamericana en *Cuerpos que importan* (2002), considera que el proceso de construcción de la materialidad no cesa nunca: "es un principio de transformación que supone e induce un futuro" (p. 59).

Nos encontramos, pues, con un libro que pone en evidencia, a través del análisis de obras literarias, el "proceso de configuración de subjetividades gays y lesbianas dado a través de sus representaciones en los discursos sociales" (Maristany, 2022. P.8). Mas no se trata sólo de un relevamiento sino que se focaliza en "la construcción activa de una identidad y de una subcultura, tradicionalmente ligadas al delito y a la perversión" (p.8). De esta manera, aquello que sirvió para la sujeción de las personas se convierte en instrumento de afirmación y orgullo.

